

Conmemoración de los 60 años del *Boletín de Antropología*

Apuntes para una historia del *Boletín de Antropología* de la Universidad de Antioquia (1953-2013)

Juan Carlos Orrego Arismendi

Profesor Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia
Grupo de Investigación y Gestión del Patrimonio
csorrego@antares.udea.edu.co

Orrego, Juan Carlos (2013). "Apuntes para una historia del *Boletín de Antropología* de la Universidad de Antioquia". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 28, N.º 46, pp. 13-34
Texto recibido: 05/10/2013; aprobación final: 11/11/2013.

Resumen. Este artículo da cuenta de algunos hitos de la historia del *Boletín de Antropología*, revista editada por el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia y cuyo nacimiento se debe a la gestión llevada a cabo por Graciliano Arcila Vélez en 1953. Tres momentos compondrían esa historia de 60 años de la revista: la fase de consolidación (1953-1970), la fase de permanencia versátil (1974-1994) y la fase de estandarización y visibilidad internacional (1995-2013).

Palabras clave: *Boletín de Antropología*, Graciliano Arcila Vélez, Departamento de Antropología-Universidad de Antioquia, revistas científicas-Colombia.

Highlights regarding a history of the *Boletín de Antropología* of the University of Antioquia (1953-2013)

Abstract. This article highlights key moments in the history of the *Boletín de Antropología*, a journal edited by the Anthropology Department at the University of Antioquia and which began under the inspiration of Graciliano Arcila Vélez in 1953. Three moments are mentioned in this accounting: the consolidation phase (1953-1970), the versatile permanence phase (1974-1994), and the standardization and internationalization phase (1995-2013).

Keywords: *Boletín de Antropología*, Graciliano Arcila Vélez, Department of Anthropology-University of Antioquia, scientific journals-Colombia.

Advertencia al lector

El presente artículo pretende abordar con minuciosidad aspectos de la historia del *Boletín de Antropología* que posiblemente interesen solo de un modo restringido, sin descartar que, por momentos, la atención dirigida sobre algunos objetos o circunstancias parezca motivada solo por un excesivo —o incluso ocioso— escrúpulo descriptivo del autor. Dejando a un lado el hecho indiscutible de que la naturaleza del objeto estudiado hace forzoso algún grado de detallismo expositivo, dígame que este trabajo se ha emprendido con la conciencia de que es importante sistematizar por primera vez, en alguna medida, los hechos de una larga historia de trabajo académico. Por supuesto, también ha mediado la esperanza de que la presentación de este caso particular alimente un futuro estudio crítico sobre la historia de las revistas universitarias colombianas y, también, el que corresponde a la vida de los departamentos de antropología del país.

Nacimiento de la revista

El *Boletín de Antropología* de la Universidad de Antioquia se editó por primera vez en noviembre de 1953, con el nombre de *Boletín del Instituto de Antropología*. El editor fundador fue el mismo director del instituto: Graciliano Arcila Vélez, licenciado en Ciencias Sociales y Económicas de la Escuela Normal Superior y egresado del Instituto Etnológico Nacional que de modo célebre dirigió el antropólogo Paul Rivet, quien, según anécdota contada por el primero, se lamentó de que la revista se adscribiera al rótulo de “antropología” antes que al de “etnología”, plegándose con ello a una perspectiva norteamericana.¹ Ese mismo año de 1953, en el mes de julio, ya había aparecido el primer volumen de la *Revista Colombiana de Antropología* del Instituto Colombiano de Antropología (hoy Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Icanh), nacido de la fusión del Instituto Etnológico y el Servicio Arqueológico Nacional de Arqueología en 1952.

Graciliano Arcila terminó sus estudios en 1943 y al año siguiente se estrenó como profesor de Antropología con un solo alumno a su cargo —Benigno Mantilla Pineda, proveniente de la Facultad de Filología y Letras de la Universidad de Antioquia—. A pesar de tan modesto inicio, los años fortalecieron el oficio de Arcila, logrando consolidar en 1953 —en el sesquicentenario de la Universidad— el pro-

1 Escribió Graciliano Arcila sobre este episodio: “le envié el *Boletín* al profesor Paul Rivet que seguía rigiendo los destinos del Museo de Hombre en París, y antes de felicitar me dio el siguiente regaño que revela todavía el celo por esta muy andante y martirizada Antropología cuyo nombre de Etnología nunca quiso él que se le cambiara y me dijo: «Ha querido usted estar muy cariñoso con los norteamericanos dando el nombre de Antropológica a la Revista que debía ser Etnológica, pero sin embargo está buena»” (Arcila, 1987: 17).

yecto del Instituto de Antropología con su respectivo *Boletín* científico, antecedente de lo cual fue el Servicio Etnológico de la Universidad de Antioquia, establecido en 1945 (véase figura 1). Sencillo y disciplinado, el pionero editor confió las grandilocuentes palabras de la presentación inaugural al médico Emilio Robledo, miembro de la Sociedad de Antropología de Antioquia que fundara Arcila con el parcial interés de consolidar un grupo de colaboradores del *Boletín*,² y quien saludó la publicación comprometiéndola con empresas colombianistas y con la más saludable interdisciplinariedad: “Nuestra revista”, escribió Robledo, “con modestia y animada únicamente del propósito de colaborar con el mejor conocimiento del hombre colombiano, [...] No será pues ajena a la somatología o ciencia del cuerpo del hombre, a la psicología, a la filología, a la sociología, a la sofología [...] etc.” (Robledo, 1953: 6). Por su parte, Arcila prefirió apoyar el cuerpo del volumen con tres artículos, de los que dos, consecutivos, se dispusieron luego del introito: uno sobre investigaciones arqueológicas en Mutatá y otro sobre los grupos sanguíneos de los indígenas catíos; el tercer texto, acomodado en el cierre, reseñaba el pasado y el presente del Instituto de Antropología. Como él mismo anotó alguna vez: “se estrenó [...] la primera edición del *Boletín de Antropología* en gran parte como fruto de algunas de mis investigaciones” (Arcila, 1987: 16-17). Las firmas de Gerard Reichel-Dolmatoff y Milcíades Chaves completaron esa primera entrega.

Los números subsiguientes no mostraron un panorama distinto al de un editor-investigador empeñado en que la revista alcanzara nombradía a través de las más variadas empresas de escritura antropológica. Como colector de contribuciones, Arcila promovió especialmente —por lo menos en los cinco primeros números del *Boletín*— temas como religiosidad popular, etnobotánica, antropometría, historia de las migraciones humanas, datación arqueológica, lingüística e historia de la Conquista; como autor, sistemáticamente aportó artículos —hasta dos por edición— en los primeros trece números (esto es, entre 1953 y 1974); incluso, el *Boletín* N.º 6 (1958) es, en edición monográfica de 156 páginas, la tesis del Doctorado en Ciencias Sociales que Arcila presentara un año atrás en la Universidad Pedagógica de Colombia, en Tunja: “Antropometría comparada de los indios katio de Dabeiba y un grupo de blancos antioqueños”. Su firma desaparece solo en 1975, cuando la edición N.º 14 es ocupada por un *dossier* alimentado por documentos del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) sobre la organización indígena en Colombia. La regularidad de las publicaciones de Arcila deja ver que para él, en tanto guía de la revista, era clara la relativa orfandad de las publicaciones científicas nacionales, urgidas de un director para tareas que iban mucho más allá de la recepción y

2 Sobre esta sociedad escribió Arcila, en alguna de sus memorias sobre el desenvolvimiento de la academia antropológica en Antioquia, que “su finalidad era propender por [sic] las investigaciones antropológicas y las publicaciones respectivas”, sin perder de vista que la sociedad tenía su “epicentro” en el Instituto de Antropología (Arcila Vélez, 1994: 24).



Figura 1. Archivo fotográfico del Museo Universidad de Antioquia (MUUA). Fondo Graciliano Arcila Vélez.

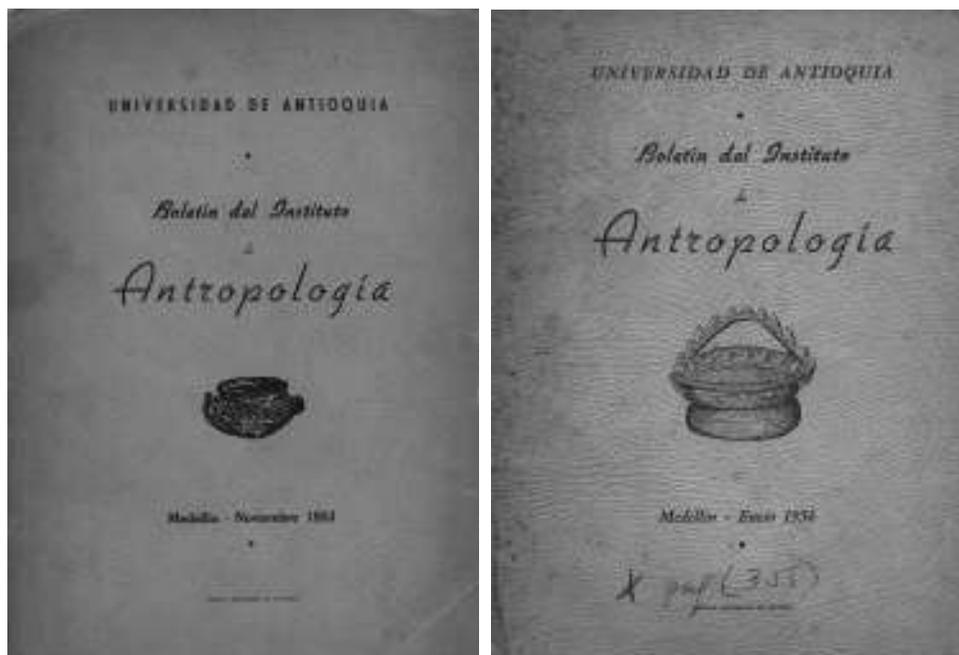
ajuste formal de artículos ajenos. En el mismo sentido de esta impresión se inscribe el hecho de que, durante los primeros siete años de existencia del *Boletín*, Arcila, sin el apoyo de ningún equipo editorial, apenas contara con la asistencia de su secretaria Ida Cerezo López.

Fase de consolidación (1953-1970)

Como una primera fase de la historia del *Boletín de Antropología* puede entenderse el periodo de diecisiete años (1953-1970) y doce ediciones en que Graciliano Arcila Vélez estuvo al frente de la publicación.³ A la hora de proponer esta partición cronológica es

3 Entre los N.ºs 1 y 11 solo se informa en la página legal del *Boletín* que Graciliano Arcila es el director o jefe del Instituto o Departamento de Antropología, indicando ello, tácitamente, que también le correspondía la dirección de la revista. En el N.º 12 (1970), cuando el director del Departamento de Antropología es Mauricio Cardona, bajo el nombre del fundador se lee el rótulo “Director del *Boletín*”.

solo parcialmente significativo que los números se dispusieran en tres volúmenes de cuatro entregas cada uno o que ya desde 1969 el nombre de *Boletín del Instituto de Antropología* hubiera dado paso al de *Boletín de Antropología*. La impresión de delimitación de una primera etapa surge, esencialmente, al considerar el tiempo en que la revista recibió el influjo directo del editor pionero (véanse figuras 2 y 3).



Figuras 2 y 3. Carátulas de los N.ºs 1 (1953) y 4 (1956) del *Boletín del Instituto de Antropología*

A pesar de la apertura temática de esas doce entregas —solo anulada en el especial monográfico de 1958—, se consolidaron en sus páginas campos y temas como la arqueología, la antropometría, la etnología de la diversidad cultural colombiana y la botánica, esta última explicada por la cercanía del editor con médicos y estudiosos de las ciencias naturales como el citado Emilio Robledo y el Hermano Daniel. Además, el *Boletín* apareció con relativa regularidad: los números se suceden con 1 o 2 años de por medio, apenas con 2 excepciones: los N.ºs 4 y 5 se divulgan en el mismo 1956, y entre los N.ºs 8 y 9 corren tres años, los que van entre 1962 y 1965; acaso haya influido en esa mediana pausa el fallecimiento en 1962 del médico Robledo, reconocido mentor de la revista.

Más importante que la unidad insinuada por las recurrencias temáticas o el poco intervalo entre los números resulta la constante cualificación del proyecto entre la primera y la duodécima edición. Desde el principio, el inexpugnable rigor

científico del *Boletín* y la acumulación de experiencia editorial y administrativa van haciéndose notorios: a partir del volumen II (N.ºs 5 a 8), en el último número de la serie se presenta un índice de cada paquete (lo mismo ocurrirá en el N.º 12, de 1970, con respecto al volumen III). Asimismo, en el N.º 9 (1965) se rinde un completo informe de las publicaciones recibidas por canje con el *Boletín*: 364 entre nacionales e internacionales. Por otro lado, el equipo editorial se va conformando paulatinamente: a partir del N.º 8 (1962) se vincula Alberto Juajibioy como investigador asistente al servicio de la revista; en el N.º 9 participa también Luis Fernando Vélez Vélez en calidad de monitor; un auxiliar más se suma a la edición del N.º 10 (1967): Mauricio Cardona Escobar, futuro director del Departamento de Antropología. Algunos profesores son referidos también en la página legal de los N.ºs 10 (1967) y 11 (1969), y en el 12, en evidente in crescendo, se presenta un cuerpo de cinco asesores internacionales —alguno de ellos autor de uno de los artículos de esa entrega—: W. Hangert (Jalapa), P. de Carvalho-Neto (Los Ángeles), K. Nowotny (Viena), R. van Zantwijk (Amsterdam) y C. Esteva Fabregat (Barcelona). La visión de futuro se manifiesta nítidamente en esta noticia de la presentación del N.º 12:

Se nos informa que en julio de 1972 la imprenta de la universidad [sic] será dotada de un moderno equipo de fototipos, que sustituirá parcialmente al de linotipia. Esto significa que el *Boletín* N.º 13, correspondiente a 1971 se parará y tirará con ese novedoso sistema, y que el presente será posiblemente el último número parado con letras un tanto anticuadas. Y nosotros informamos que hemos considerado que después de una docena de boletines, nos sentimos ya capacitados para intentar un “movimiento de expansión”. Este consistirá en abrir nuestras puertas a todos los americanistas, en forma expresa, y en aceptar la asesoría de algunos colegas radicados en otras ciudades y países. Recibimos con agradecimiento las interesantes sugerencias que nos enviarán los asesores, los cuales ocuparán el puesto honorario por tres años ([Departamento de Antropología], 1970: 5-6).

Tan decidida declaración de propósitos debe entenderse como la expresión, en su órgano informativo, de los compromisos que los estudiosos de la antropología en la Universidad de Antioquia habían contraído desde 1966, cuando, en virtud de la puesta en marcha de su programa de pregrado, el Instituto de Antropología se convirtió en el Departamento de Antropología. Incluso ese mismo hecho fue el que, a la postre, impulsó el cambio de nombre de la revista: en la sección de noticias institucionales del *Boletín* N.º 10 (1967), al final de un informe sobre la vida de la nueva dependencia que desglosa el plan de estudios de cuatro años para los estudiantes que apenas iniciaban su formación, el monitor Mauricio Cardona Escobar se refiere —valiéndose de una casual inversión sintáctica en el título— a la vigencia y tiraje del “*Boletín de Antropología del Instituto*” (1967: 195; el énfasis es mío). Entonces la revista se llamaba *Boletín del Instituto de Antropología*, pero en la siguiente edición, dos años después, se llamará *Boletín de Antropología*.

Sin embargo, las expectativas de 1970 habrían de verse defraudadas, y la pretensión de respaldar la revista con una rigurosa veeduría científica —insospechado anticipo de una política implementada por Colciencias prácticamente a finales del siglo xx— acabó disolviéndose. La revista se publicó nuevamente en 1974, y con cambios sustanciales: como director de la publicación apareció entonces J. Eduardo Murillo, mientras que Graciliano Arcila hizo las veces de —apenas— jefe de redacción. La mejora gráfica no se hizo visible, y la lista de consejeros internacionales, así como sus aportes, desapareció. Había iniciado, pues, una nueva época para el *Boletín de Antropología*: la que va entre 1974 y 1994, caracterizada por el desmedro de algunos referentes sobre los que se apoyaba la identidad de la publicación, la precariedad formal y la aparición irregular y —de algún modo— agónica de las ediciones, todo ello síntoma del papel más o menos marginal a que se redujo la revista durante algunos años de la vida del Departamento de Antropología. Dos hechos, eso sí, caracterizan positivamente ese periodo: la emergencia del logotipo que acabó por hacerse clásico y los primeros intentos de escribir una historia del *Boletín* y formalizar un reglamento.

Fase de permanencia versátil (1974-1994)

La total desvinculación del trabajo editorial de Graciliano Arcila se configuró sin ambages en los N.ºs 14 (1975) y 15 (1976). Ambos números, editados bajo la dirección de Aydée García M. y con Germán Russi Laverde como jefe de redacción, son números monográficos con un marcado sesgo indigenista: en el primero, se compilan documentos de muy variada índole que, procedentes de los archivos del CRIC, plasman una visión compleja del problema indígena en Colombia; en el segundo, los editores recopilan una serie de documentos en contravía a propósito de la conveniencia de las operaciones del Instituto Lingüístico de Verano (ILV) en el país. Explica el jefe de redacción en el abre bocas del N.º 14:

El Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia inicia una nueva política en la orientación y contenido de su *Boletín*. Esperamos que esta publicación semestral se convierta en un órgano que posibilite el debate crítico de programas cruciales en nuestra disciplina antropológica, tales como: el papel que debe jugar [sic] la Antropología [sic] en el esclarecimiento de la realidad nacional, los problemas de su enseñanza, los campos prioritarios de investigación, la validez de sus principios teórico-metodológicos, su función política, etc. Igualmente este *Boletín* debe dar cabida a las investigaciones que adelantan profesores y estudiantes vinculados a la Antropología [sic] e investigaciones afines (Russi Laverde, 1975: 7).

Tan enérgico anuncio es, sin embargo, casi meramente retórico: la nueva orientación promete acometer lo que desde los primeros años de la revista había sido posible gracias al esfuerzo de Arcila: radiografía de la realidad nacional, reflexión

sobre el quehacer antropológico y divulgación de resultados de investigación con enganche de las nuevas generaciones. Solo en la pretensión política se materializa la innovación y, si bien se trata de un esfuerzo valiente y útil como complemento del positivismo más o menos ortodoxo que hasta entonces había distinguido a la revista,⁴ el carácter hiperbólico e intenso de los dos números monográficos deja ver un hecho crítico: la desaparición casi total de las producciones de los profesores del Departamento de Antropología, reemplazadas por paquetes de escritos preparados lejos del contexto local: como si la oportunidad de participar políticamente en la discusión sobre la realidad nacional no fuera lo más afín con las inquietudes intelectuales de los profesores antropólogos de la Universidad de Antioquia (en contraste, en la polémica sobre el Instituto Lingüístico de Verano (ILV) se incluyen varios manifiestos y reflexiones de docentes de la Universidad Nacional de Bogotá). Hernán Henao Delgado explicó años después, en términos de una presumible conciencia teórica posmoderna, la ausencia de las colaboraciones de los profesores locales en la revista N.º 14: “Aquí los antropólogos no hablan, lo hacen los indígenas” (1994: 17).

Un año después, la intención política desapareció abruptamente mientras que los resultados de investigaciones formales, ausentes desde la edición de 1974, se vieron reemplazados por discusiones teóricas. El *Boletín* N.º 16 (1977) reúne cuatro artículos —tres de ellos, sobre Ruth Benedict, Ralph Linton y Óscar Lewis, son básicamente reseñas críticas— y se extiende sobre el exiguo número de 45 páginas. Según se aclara en la presentación, los textos han sido escritos en la coyuntura de un seminario sobre el concepto de cultura que, a su vez, ha sido sugerido por la cotidianidad de las clases. Russi es aún el jefe de redacción de la revista, pero la dirección del Departamento de Antropología reposa en manos del licenciado en filosofía y letras Luis Iván Bedoya, jefe por encargo.

Las tres ediciones publicadas entre 1975 y 1977 se adscribieron a una enrarecida concepción gráfica en su carátula: junto al logotipo que replica un petroglifo muisca que representa a un ser alado, se deja leer en amplios caracteres la palabra *Antropología*; solo más abajo, y en menor tamaño, se consigna el rótulo *Boletín de Antropología* (en el N.º 14) o, simplemente, *Boletín* (en los N.ºs 15 y 16) (véanse figuras 4 y 5). El velado intento de cambio de nombre es llamativo toda vez que, además de la gratuita ruptura con la etiqueta vigente desde 1969, se ignoró una disposición universitaria según la cual la revista debía llamarse, a partir de 1975, *Boletín de Antropología de la Universidad de Antioquia*.⁵

4 A propósito de ese sesgo, apunta Germán Russi en la presentación del N.º 14 que “La Antropología [sic] no puede hacerle el juego a esa posición cómoda que se ubica por encima de las luchas de las comunidades indígenas y que solo entra a comprender su significación para otorgarles su racionalidad desde nuestra propia perspectiva” (1975: 8).

5 Según se lee en una noticia de la edición N.º 20 del *Boletín*, “Por Resolución N.º 45 del 6 de mayo de 1975, el Consejo Directivo de la Universidad de Antioquia estableció que el De-



Figuras 4 y 5. Carátulas de los N.ºs 15 (1976) y 16 (1977) del *Boletín de Antropología*

El discutible vigor de la edición N.º 16 desembocó en la más larga pausa en la publicación de la revista: la comprendida entre 1977 y 1983. Pero incluso es equívoca la reaparición del *Boletín*: se efectúa aprovechando la coyuntura del II Congreso de antropología en Colombia celebrado en la Universidad de Antioquia, cuyas voluminosas memorias era forzoso publicar. Entonces convergen la

partamento de Antropología tendría a su cargo una publicación semestral con el nombre de *Boletín de Antropología* de la Universidad de Antioquia, a través del cual se publicarían los trabajos de investigación que se consideren aportes significativos al debate científico nacional e internacional, en temas de orden económico, social, cultural y en general afines con la disciplina antropológica” ([Departamento de Antropología], 1986: 7). No obstante, el extenso y descriptivo rótulo indicado en la cita jamás ha sido plasmado en la revista de un modo claro o central. Algunas ediciones incorporan en la carátula el nombre del centro educativo, pero solo bajo el rótulo principal —*Boletín de Antropología*— y en un tipo de letra menor —o incluso de distinto estilo— que hace suponer que se trata apenas de una declaración de filiación institucional antes que de una parte del nombre de la publicación. Solo en la página legal de las ediciones producidas después de 1995 y en una etiqueta inferior de la portada que llevan las ediciones que a partir de 2001 se han plegado a la exigencias formales de Colciencias (N.ºs 25 a 45 en el primer caso, 32 a 40 en el segundo) se acomodan las dos partes del nombre con una continuidad que insinúa la existencia apenas soterrada del rótulo oficial acordado en 1975: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*.

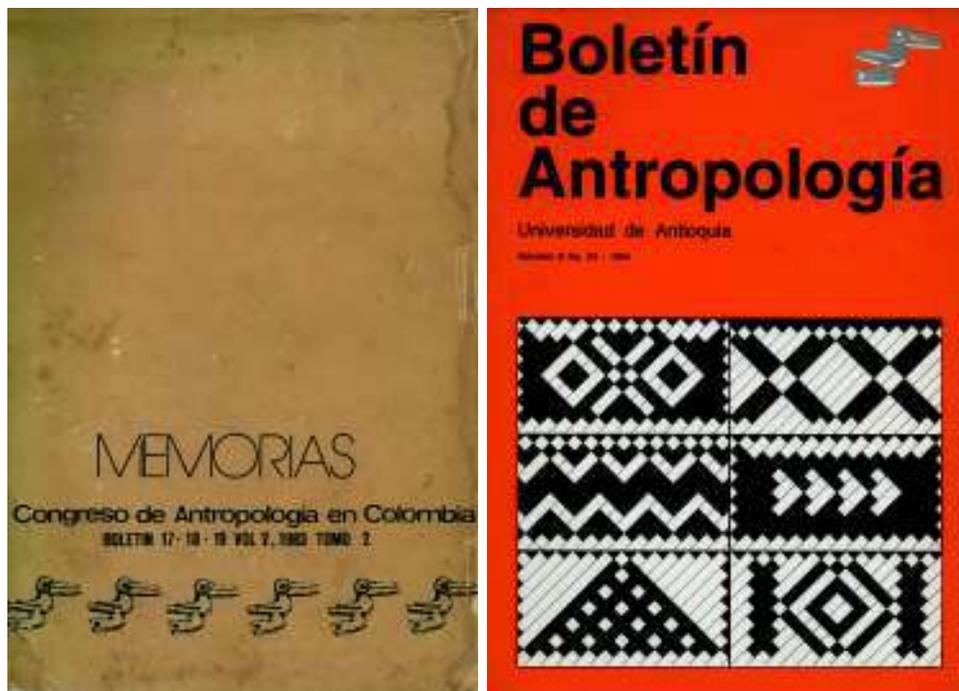
necesidad de divulgar las reflexiones del congreso y la urgencia de reanimar la revista, y en consecuencia esta reaparece del modo más sui géneris: prestando su etiqueta para las 962 páginas que constituyen la antología del encuentro de los antropólogos, trabajo que se editó en dos volúmenes que, a su vez, fueron declarados como los N.ºs 17, 18 y 19 del *Boletín de Antropología*. El cruce de las series es pintoresco: dos volúmenes físicos son tres fascículos, y estos, en su reunión abstracta, pretenden materializar un solo volumen: el quinto de la serie científica inaugurada por Graciliano Arcila treinta años atrás. La dirección de este grueso proyecto editorial estuvo a cargo del profesor Diego Herrera Gómez.

El esfuerzo de reanimación no produjo los mejores resultados más allá de establecer un nuevo logotipo para la revista: una figura ornitomorfa hallada en Turbo, en el contexto de una investigación arqueológica que por ese entonces dirigía Gustavo Santos Vecino (véanse figuras 6 y 7).⁶ El reposicionamiento y la actualización esperados del *Boletín* no se vieron confirmados por el vigésimo número: este solo apareció tres años más tarde, en 1986, bajo la conducción editorial de Priscilla Burcher de Uribe. Pero entonces se hizo evidente una nueva apuesta por la recuperación de la formalidad de la revista: introducido por una breve reseña histórica de la publicación, se enuncia una suerte de reglamento que define las responsabilidades, las funciones, los principios y los procesos que deben garantizar su vigencia. Entre esas nuevas reglas del juego llama la atención una aclaración sobre la dirección del *Boletín*: esta será asumida por el jefe de departamento, quien confiará la edición de cada número a un profesor editor de acuerdo con el énfasis temático de cada entrega. De ahí que en el número a cargo de Burcher se privilegiaran los informes arqueológicos.⁷

El *Boletín* N.º 21 (1987) divulgó un paquete de artículos sobre el Amazonas —se abordan temas arqueológicos, etnográficos, lingüísticos y etnobotánicos— editado por Hernán Henao Delgado. La edición siguiente, de 1989, se plegó a la figura usada 30 años atrás por Graciliano Arcila: un número monográfico, en este caso equivalente al informe de investigación preparado por Gustavo Santos Vecino al término de sus pesquisas arqueológicas en la región de Urabá (1981-1985); en la carátula se lee el título “Las etnias indígenas prehispánicas y de la Conquista en la región del golfo de Urabá”. En 1990 apareció el N.º 23, un *dossier* de artículos de

6 Desde dicha edición hasta la más reciente (esto es, los 30 años que van entre los N.ºs 17, 18 y 19 [1983] y el N.º 45 [2013]) se ha mantenido ese logotipo.

7 La idea de que la participación de los editores fuera rotativa se materializó al principio con un entusiasmo particular, a tal punto que en el lomo del N.º 20 se lee, como si se tratara de un volumen de autor, “Priscilla Burcher de Uribe”. En el N.º 22, una edición que incluye solo el informe de la investigación arqueológica dirigida por Gustavo Santos Vecino, el nombre de este profesor aparece en la carátula bajo el título de la monografía.

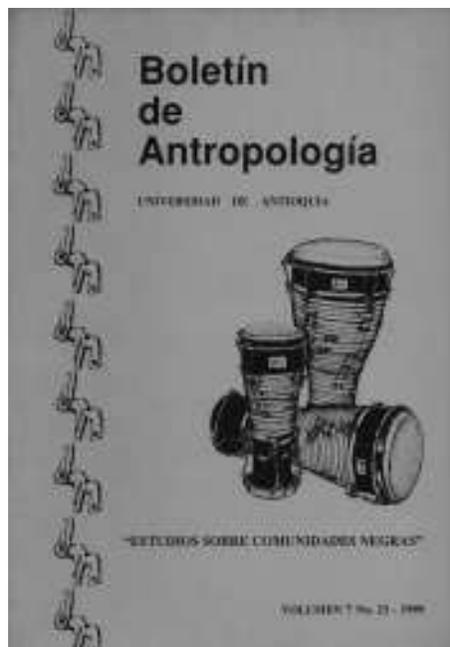
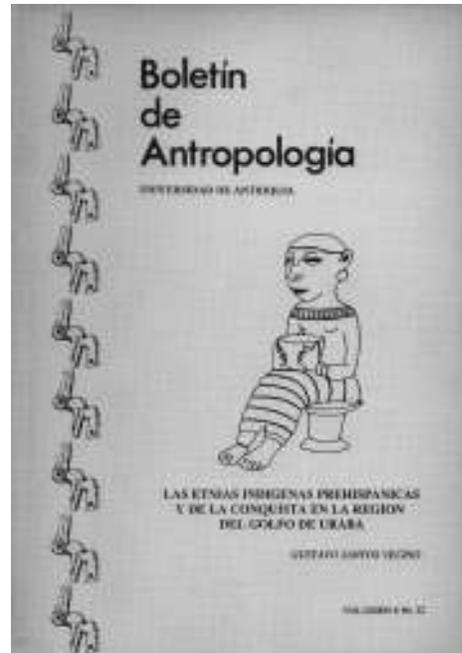
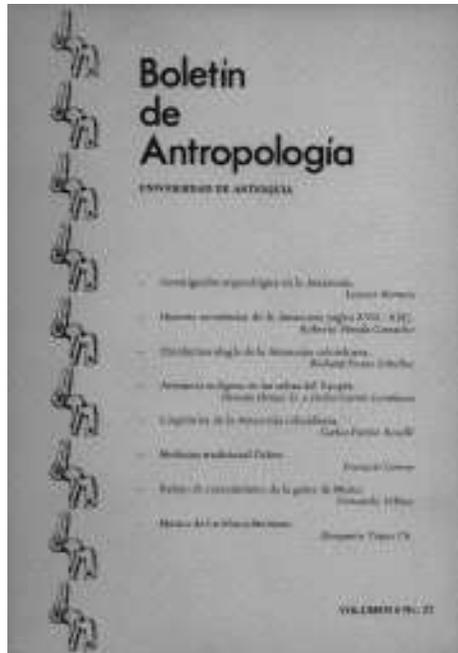


Figuras 6 y 7. Carátulas del tomo 2 de los N.ºs 17, 18 y 19 (1983) y del N.º 24 (1994) del *Boletín de Antropología*. El logotipo ornitomorfo, en distintos diseños, es visible en ambos casos

temática afroamericana editado por Pedro Morán Fortoul y etiquetado en carátula con la leyenda “Estudios sobre comunidades negras” (véanse figuras 8, 9 y 10).⁸

La nueva figura de la edición temática significó una evidente revitalización del *Boletín de Antropología*, pues remozó su vocación por la divulgación de informes y resultados de investigación, ausentes totalmente en las ediciones indigenistas de los setenta y la reseña culturalista de 1977 y parcialmente en las ponencias de 1983. Resulta muy significativo que entre 1986 y 1990 se publicaran nominalmente cuatro números, con un promedio cercano a una entrega por año (solo a 1988 no corresponde alguna edición), regularidad que sólo se había verificado durante el primer lustro de vida de la revista. A pesar de esto, la publicación se interrumpió

8 Llama la atención que, a pesar de que el *Boletín* buscaba la compilación de cuatro números en un volumen y de que la edición cuidada por Morán Fortoul seguía la misma lógica que las precedentes, se asignó a este último número un nuevo serial de volumen. A partir de entonces —y solo con la excepción del Vol. 11, conformado por los N.ºs 27 y 28, ambos de 1997— a cada número ha correspondido un nuevo volumen. Evidentemente, dicha seriación es poco funcional y refleja la comprensión apenas formal de una clasificación que, idealmente, debería entrañar algún criterio cualitativo.



Figuras 8, 9 y 10. Carátulas de los N.ºs 21 (1987), 22 (1989) y 23 (1990) del *Boletín de Antropología*

abruptamente por cuatro años: la suspensión más prolongada de apariciones del *Boletín* después de la que tuvo lugar entre 1977 y 1983. Cuando reapareció en 1994, el estilo editorial del segundo lustro de los ochenta se había interrumpido: aunque reaparece como editor Hernán Henao Delgado, no hay especialización temática en la revista. Respecto a sus promedios, ha disminuido el número de páginas, y ha sido necesario invocar el apoyo económico de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) del Banco de la República. El entonces Jefe de Departamento, Ramiro Delgado Salazar, explica en la propia portada interna, en una nota más o menos compungida:

Después de casi tres años de ausencia del *Boletín de Antropología* quisiéramos con la aparición del número 24 reiniciar la publicación del Departamento de Antropología [...] Esperamos que los avatares de la vida no nos vuelvan a detener esta publicación y que la labor de difusión del Departamento continúe dentro de nuestro quehacer antropológico (Delgado, 1994: 3).⁹

Como en 1986, la declaración del propósito de continuidad busca refrendarse con una ponderación histórica de la revista. Henao Delgado, el editor, se refiere a lo que ha sido el *Boletín* —la sucesión temática general plasmada en sus ediciones, la participación de autores reconocidos a lo largo de 40 años— tanto en la presentación como en el artículo inicial, dedicado este a la conmemoración de los 25 años del Departamento de Antropología,¹⁰ aunque allí sólo se presenta un inventario inocuo de los temas o artículos más sobresalientes en cada edición. Mucho más interesante es la reflexión de la presentación, donde, luego de enunciar los diversos momentos de la vida del *Boletín*, el editor anuncia su fin: informa que con el próximo N.º 25 “terminará un ciclo en la vida de la publicación que ha difundido el trabajo antropológico de

9 El lector de esta reseña histórica habrá notado que no serían “casi tres” los años que mediaron entre los N.ºs 23 y 24; en honor a la verdad habrá que decir, sin embargo, que tampoco son cuatro: el número especial sobre comunidades negras se registró como una ejecutoria de 1990, pero en su colofón se informa que el proceso de impresión terminó en enero de 1991. Se trata de un desfase común en el contexto de las revistas académicas del sector público.

10 La efeméride también explica la inclusión, en ese N.º 24, de un discurso con que Graciliano Arcila Vélez agradeció el homenaje que la Universidad le hizo con motivo de los 25 años del departamento fundado por él en 1966 (similar al que ya había tenido lugar en 1986, cuando se celebraron los 20 años, y a propósito del cual Arcila ofreció otro discurso de agradecimiento publicado en el *Boletín de Antropología* N.º 20). En el texto, las alusiones a la historia del *Boletín de Antropología* se concentran en la plasmación del especial calor académico del año en que nació la revista: “En 1953, sesquicentenario de la Universidad de Antioquia, se fundó el Instituto de Antropología de la misma, bajo la rectoría del doctor Alberto Bernal Nichols [sic], a quien también se le debe el Museo Arqueológico, ya en marcha con tres mil piezas; el Instituto tenía un carácter investigativo y de divulgación. A finales de ese año se publicó el primer *Boletín de Antropología*. Fue entonces cuando se fundó la sociedad de Antropología de Antioquia” (Arcila, 1994: 23-24).

la Universidad de Antioquia”, y que a partir de ese momento nacerá la “Revista de Antropología de la Universidad de Antioquia”, regular en sus entregas y ajustada a “pautas editoriales correspondientes con los nuevos tiempos de la difusión del trabajo científico en nuestro medio” (Henaó, 1994: 9).

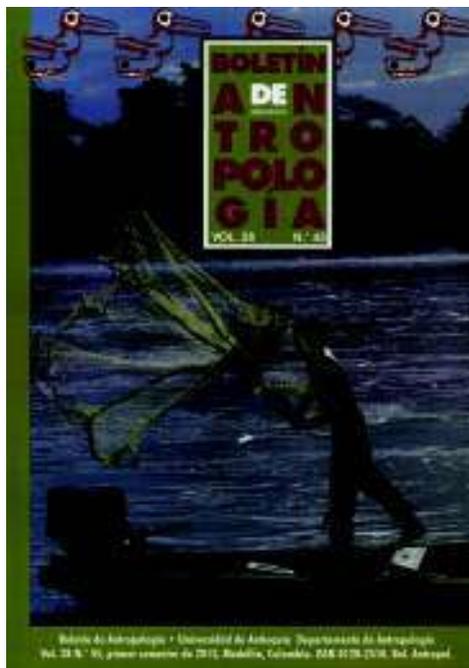
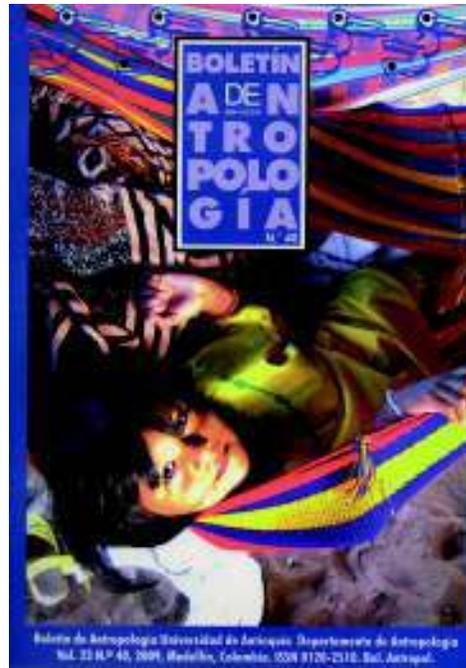
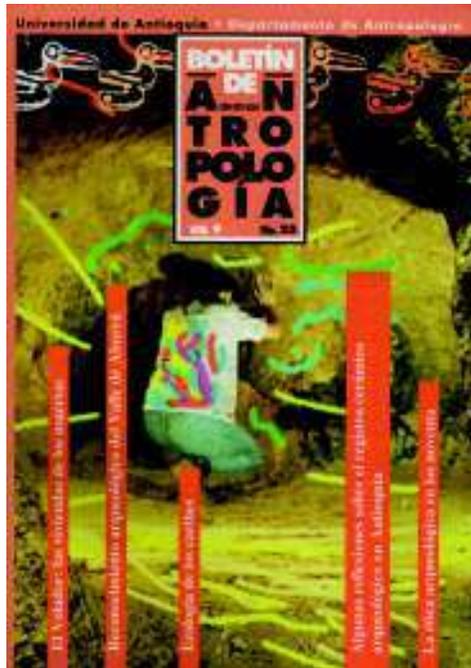
Sin embargo, cuando en 1995 apareció el N.º 25, la revista seguía llamándose *Boletín de Antropología*, y la pretensión de divulgar un formato de artículo científico seguía siendo la que normalmente había distinguido la publicación. El poco grosor del número —uno de los más delgados después de aquel escueto N.º 16— deja colegir que las ambiciones manifestadas en el número anterior no fructificaron como se esperaba, lo que se confirmaría en la petición más o menos desesperada de artículos hecha por el Comité Editorial en una “Carta al lector”.¹¹ Eso sí, se legitimó la expectativa sobre el término de un ciclo: un nuevo periodo en la vida de la revista —que se prolonga hasta hoy— habría de comenzar en 1995 con la asunción de la dirección editorial por parte de Sofía Botero Páez —quien, a lo largo de muchos años, habría de ejercer como editora con apreciable estabilidad— y el cambio de diseño en la carátula: por primera vez el *Boletín* dejó ver en su tapa una fotografía en policromía, además de que el rótulo *Boletín de Antropología* se dispuso de acuerdo con un diseño cuadrangular que rompía su tradicional carácter horizontal. Dicho formato, con variaciones apenas mínimas, se mantuvo vigente hasta el 2013, esto es, en las 21 ediciones que van entre los N.ºs 25 y 45 (véanse figuras 11, 12 y 13). La presente edición, N.º 46, inaugura un nuevo diseño.

Fase de estandarización y visibilidad internacional (1995-2013)

Sofía Botero Páez se encargó de coordinar los N.ºs 25 a 30 (1999), 32 (2001) a 34 (2003) y los que van del 40 (2009) al 43 (enero-junio 2012). Esto significa que, al menos entre 1995 y 2003, publicó, en promedio, un *Boletín* por año; en ese periodo, Botero únicamente no editó el N.º 31 (2000, producido físicamente a fines de 2001),¹² coordinado por el entonces jefe del Departamento de Antropología, Diego Herrera Gómez. El carácter de *dossier* arqueológico de la edición de 1995 no significó que tal fuera la vocación de la nueva época, pues la especialidad temática apenas se repitió en el N.º 28 (1997), cuando la mayoría de artículos versaron sobre

11 La carta hace del lector común una tercera persona a la cual apela directamente: “Con este número, le hacemos extensiva la invitación para que nos envíe artículos, reseñas, bibliografías especializadas y avances de investigación. De manera oportuna se le hará saber los tiempos estimados para su publicación, así como otras consideraciones del Comité Editorial” (Comité Editorial, 1995: 7).

12 La declaración de fechas de los colofones de las ediciones N.ºs 30 y 31 deja ver que la revista no se publicó entre julio de 1999 y noviembre de 2001. Superado ese periodo, el *Boletín* reapareció con un nuevo ISSN. Los N.ºs 15 a 30 se identifican con el número 0010-6364, mientras que a partir del N.º 31 lo hacen con el 0120-2510.



Figuras 11, 12 y 13. Carátulas de los N.ºs 25 (1995), 40 (2009) y 45 (2013) del *Boletín de Antropología*

etnoeducación. Lo que destaca en los fascículos administrados por Botero Páez es la gradual preparación de los textos hacia una estandarización internacional pensada a favor de la amplia difusión de la producción local y de la captación de colaboraciones extranjeras. Hasta entonces, el renglón de la vida del *Boletín* en que más se había manifestado lo internacional había sido el de su copiosa distribución por el mundo a través del sistema de canje bibliográfico.

Lo que en la edición N.º 25 se manifestó como un preciso registro de la filiación institucional de los autores y como una cuidadosa regulación de las entradas e inventarios bibliográficos, en el N.º 30 (1999) cristalizó en la inclusión de resúmenes en español e inglés, y luego, a partir del N.º 32 (2001, producido físicamente en 2002), llevó a la reaparición del comité asesor internacional y a la creación de secciones generales —“Artículos de investigación”, “Artículos de revisión” y “Artículos de reflexión”— con la que se aspiraba a cumplir los estándares para que la revista fuera incluida en el Índice Bibliográfico Nacional —*Publindex*— de Colciencias, mecanismo de promoción de la calidad y presencia internacional de las revistas colombianas. De hecho, la revista fue admitida en la categoría “C” de dicho índice cuando se presentó el N.º 33 (2002) a la convocatoria abierta por el ente nacional en el segundo semestre de ese año, lo que permitió —entre otras cosas— formalizar como anual la periodicidad y neutralizar así la tentación de la semestralización, probable causa —hasta entonces— de buena parte de las antiguas frustraciones editoriales. Destáquese también que ese mismo número ofrece como apéndice un índice de los números del *Boletín* publicados hasta entonces.¹³ También debe sumarse a esos logros la materialización de la única edición especial no seriada del *Boletín* publicada hasta hoy, compilada por Sofía Botero en 2003: *Construyendo el pasado. 50 años de arqueología en Antioquia*, un recuento crítico de varios temas de la arqueología regional con que se quiso rendir tributo a la memoria de Graciliano Arcila Vélez, fallecido el 26 de diciembre de 2002.¹⁴

13 Empero debe denunciarse la incuria con que se preparó ese índice histórico —que abarca casi medio siglo de vida editorial—, en la medida en que está maculado por omisiones como la del primer número de la revista, que había sido editado en noviembre de 1953 —el índice inicia su registro con el *Boletín* N.º 2, de septiembre de 1954—, y el número monográfico de 1958 en que se publicó la tesis doctoral de Graciliano Arcila. Los autores del inventario no consultaron las fuentes primarias de la historia de la publicación —la colección completa de la misma que reposa en la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia— sino un informe electrónico sobre revistas universitarias, el *Índice de publicaciones seriadas de la Universidad de Antioquia 1881-2000* (Montoya, 2001). Dicho error metodológico ha conducido a muchos consultores del apéndice del *Boletín* N.º 33 a la idea de que los números no relacionados son singulares piezas desaparecidas —poco menos que “incunables”— de la serie del *Boletín de Antropología*.

14 Adviértase, de todos modos, que el valor de buena parte de ese “tributo” es discutible. Para algunos de los colaboradores de esa edición especial basta tratar una materia arqueológica —la estudiada en sus investigaciones particulares— para cumplir con el homenaje, mientras que otros

No deja de ser llamativo el bache editorial del N.º 31, el único no dirigido por Sofía Botero durante su prolongado periodo como editora. Algunas líneas de Diego Herrera Gómez en la presentación del segundo número que estuvo a su cargo —casi dos décadas atrás había coordinado los volúmenes que sirvieron también como memorias del II Congreso de antropología— dejan sospechar que de por medio hubo —además de la inveterada falta de recursos demandados por la impresión de una revista— algunas de las tensiones propias de la cotidianidad de los cuerpos de profesores. En efecto, Herrera (2000: 7) se refiere a “las dificultades internas de la dependencia y las que se derivan de los cambios institucionales en relación con publicaciones como esta”. Sin embargo, está fuera de discusión la calidad de esa entrega, coherente con el interés de la revista por la divulgación de los resultados de investigación en los diversos campos de la ciencia del hombre, lo que significó que no se abandonara el formato de artículo científico internacional que ya había sido alcanzado. Incluso debe abonarse a esta edición N.º 31 un aporte significativo a la memoria histórica del Departamento de Antropología: la semblanza que el profesor Édgar Bolívar Rojas presenta de Hernán Henao Delgado, asesinado en los predios de la Universidad de Antioquia el 4 de mayo de 1999. Eso sí, llama la atención que, en dicha ponderación académica, Bolívar no se refiera a la gestión de Henao al frente de los boletines N.ºs 21 y 24. Quizá la única objeción que puede hacerse a la coordinación editorial del N.º 31 es que, una vez más, se haya comprometido con una reforma estructural tan innecesaria como incumplida.¹⁵

Sofía Botero Páez asumió la jefatura del Departamento de Antropología en enero de 2004 y la dirección del *Boletín* fue puesta en manos de Juan Carlos Orrego —autor de estas líneas—, profesor que hacía parte del Comité Editorial de la revista ya desde el N.º 32, y quien hasta entonces había sido editor virtual de la sección de reseñas. Este nuevo editor produjo las entregas N.ºs 35 a 39 —esta última en colaboración con Sofía Botero—, en las cuales continuó siendo el principio orientador del trabajo en la revista su divulgación internacional. Las mencionadas ediciones —todas de considerable grosor, con un promedio de 400 páginas— incorporaron

retoman los escritos de Arcila para, con descontextualizada intención, criticarlos a la luz de lo que ya sabían los antropólogos antioqueños en los primeros años del siglo XXI.

- 15 Se lee en la “Presentación” de aquella entrega: “no solo persistimos en el propósito que nos anima, entregando ese número, sino que con él queremos cerrar una etapa de su desarrollo. [...] Nos proponemos, a partir del próximo, revitalizar el *Boletín*, reconfigurando su comité editorial, reorientando y afinando sus objetivos mediante una política editorial más sistemática y coherente, buscando mejorar su calidad y garantizar su periodicidad, para así responder mejor a las condiciones y requerimientos del medio y del momento” (Herrera, 2000: 7). Cuando, un año después, se produjo el N.º 32, la novedad solo se manifestó en el hecho de que se editó con la meta de cumplir con los estándares fijados por Colciencias para las revistas nacionales; pero, dado el muy aceptable perfil de la revista para esa época, dichos cambios se redujeron sobre todo a cuestiones de diseño.

un número significativo de contribuciones internacionales: la N.º 35, por ejemplo, dedicó lo más grueso de su foliación a un *dossier* de artículos sobre investigaciones de alemanes en América Latina, mientras que las que siguieron divulgaron un número significativo de artículos —cerca de veinte— cuyos autores proceden, sobre todo, de Argentina, México, Brasil, España y Francia. Asimismo, la edición 38 ofrece por primera vez, en los hasta entonces 54 años de vida de la publicación, un artículo en lengua extranjera: un texto en portugués en que se reflexiona sobre los ritos de iniciación femenina de los indios ticuna de territorio brasileño.

Aunque la nueva administración editorial de la revista siguió la senda de un proyecto de internacionalización que ya había sido caminado en su mejor parte por Sofía Botero, Orrego plasmó en las nuevas ediciones sus particulares intereses temáticos —como sucedió, casi regularmente, con los que le antecieron: Arcila y Botero, por ejemplo, en su momento hicieron de la revista una autorizada y actualizada voz sobre materia arqueológica—, y por ello aparecieron con relativa regularidad trabajos que vinculan la investigación en los campos de la antropología y la literatura. Amén de estos sesgos temáticos, el perfil científico general de la revista se mantuvo, y cuando, a finales de 2008, Orrego terminó su labor editorial para iniciar sus estudios de doctorado, ya estaban dadas las condiciones para que el *Boletín de Antropología* alcanzara la categoría “B” en *Publindex*. Al respecto resultó fundamental la inclusión de la revista, desde finales de 2007, en el índice de la *International Bibliography of the Social Sciences —IBSS—*, servicio de indexación reconocido entonces por Colciencias como un criterio definitivo a la hora de ponderar la calidad científica de las revistas colombianas. En efecto, el *Boletín de Antropología* N.º 40 (2009) ya fue reconocido en la misma categoría, lo cual significó el cumplimiento de una meta fijada no solo por el equipo editor, sino por el Departamento de Antropología, toda vez que, a fines de 2004, el propósito de alcanzar la categoría “B” había sido consignado como una acción mejoradora del informe de autoevaluación remitido al CNA con motivo de la reacreditación del programa de Antropología.

De nuevo al frente de la revista, Sofía Botero Páez se encargó de los números 40 (2009) a 43 (enero-junio 2012). Más allá de la estabilidad mantenida por la revista y de la consolidación de su estilo editorial en la línea trazada por Colciencias, cabe destacar que el nuevo periodo de quien, a la fecha, es la profesora con más ediciones a cargo del *Boletín de Antropología*, inició con un homenaje al profesor Hernán Henao Delgado. En el epígrafe a la presentación del *Boletín de Antropología* N.º 40 se lee: “En memoria de Hernán Henao Delgado diez años después de su absurda muerte” (Botero, 2009: 9), y, en verdad, en la disposición de la edición se percibe esa intención de homenaje: no sólo se incluye una reseña de Édgar Bolívar Rojas sobre los trabajos de Henao Delgado, sino que en el cuerpo del *Boletín* dominan los artículos basados en experiencias etnográficas, frente de la antropología en el que fue protagonista el profesor extinto durante su paso por el Departamento de Antropología. Coincidentemente, el mismo número incluye un artículo de Juan Carlos

Orrego sobre Graciliano Arcila Vélez, sin duda el profesor más memorable de la unidad académica y, sobre todo, de cara a la historia del *Boletín de Antropología*.

Como quedó sugerido, el nuevo periodo de Botero Páez como editora afianzó las características del formato científico contemporáneo ya materializadas en la revista: divulgación de colaboraciones remitidas desde el exterior —Brasil, Argentina, México, Guatemala, Francia—, publicación de artículos en segunda lengua —hay una reseña en portugués en el N.º 40, y dos artículos en el 41 (2010)—, convocatorias en temáticas especializadas para conformar *dossier* —estudios sobre afrodescendientes y antropologías latinoamericanas en el N.º 41, colecciones arqueológicas en el N.º 42 (2011)— y paginación gruesa, al punto de que el N.º 41 casi alcanza las 500 páginas, un hecho sin precedentes en la larga historia de la revista si no se tienen en cuenta las voluminosas memorias del II Congreso de antropología en Colombia que fueron publicadas como *Boletín de Antropología*. Tan solo el último número entre los editados en esta ocasión por Botero, el N.º 43 (enero-junio 2012), es de la relativa poca extensión de 266 páginas, pero en tal caso la razón no es otra que el seguimiento de los parámetros de Colciencias: a partir de esa entrega, la revista le apostó nuevamente a la semestralización, con lo cual consiguió ascender a la categoría A2 en *Publindex*.

En el segundo semestre de 2012, la dirección del *Boletín de Antropología* fue asumida por Jonathan Echeverri Zuluaga, quien acababa de terminar sus estudios doctorales en EE. UU. y se había reintegrado en pleno a la vida universitaria, y quien, a la fecha (diciembre de 2013) sigue estando al frente de esa misión editorial. Este profesor debió asumir el difícil reto de la semestralización, verdadero cuello de botella en la pretensión de publicación puntual de la revista. Tanto es así que el N.º 44, correspondiente al segundo semestre de 2012, apenas pudo publicarse en abril de 2013, de la misma manera que el N.º 45 (enero-junio 2013) salió de la Imprenta universitaria en diciembre de ese año. Sin embargo, ese desfase no significó ningún desmedro en el nivel académico de la revista, como tampoco en su constante proyección hacia la calidad editorial; lo prueban hechos como que en el N.º 44 se mantienen las colaboraciones internacionales —dos remitidas desde EE. UU. y una desde España— y las publicaciones en lengua extranjera —hay un artículo en inglés por primera vez en la larga historia de la revista—; además, un artículo de Carlo Emilio Piazzini sobre la historia de la cartografía arqueológica en Colombia incluye varias imágenes de pleno cromatismo, un hecho hasta entonces inédito y que cualifica ostensiblemente la propuesta gráfica del *Boletín de Antropología*.

El último número publicado antes de la presente edición, el N.º 45, se lanzó en un conversatorio con editores de revistas de ciencias sociales y humanidades, acto celebratorio de los 60 años del *Boletín de Antropología*.¹⁶ La coincidencia de ambos

16 La celebración de los 60 años del *Boletín de Antropología* contó con un primer escenario en abril de 2013, cuando se lanzó un cuadernillo conmemorativo con la reproducción facsimilar de uno de

eventos resultó coyuntural, por significar un complejo equilibrio entre la necesidad de apostar por la visibilidad internacional y la de mantener el tradicional interés por los temas locales: porque, mientras en el conversatorio se habló del crítico futuro de ese tipo de publicaciones de cara a los estándares internacionales usados para tasar la importancia de las revistas —la “medición de impacto” según la citación de artículos, propiciada en el ámbito de las bases bibliográficas Thomson Reuters ISI y Scopus—, la nueva edición del *Boletín* significó una apuesta remozada por los temas nacionales, plasmadas en artículos totalmente escritos por autores adscritos a las universidades locales, tal como en los primeros años de existencia de la revista (propuesta en la que pesó, en buena parte, el hecho de que el Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia se alió con el Departamento de Antropología para editar parte de las conferencias presentadas en la Cátedra Hernán Henao Delgado 2012). El *Boletín de Antropología*, en uno de los hitos de su historia, asumió entonces el reto de conciliar una forzada apuesta en pos del impacto científico con una orgullosa conciencia de su identidad editorial.

A modo de conclusión

Es singular —por decir lo menos— que una revista académica universitaria como el *Boletín de Antropología* logre mantenerse viva, a pesar de las muchas adversidades, a lo largo de 60 años; y, claro, ya parece inaudita una persistencia compartida con la *Revista Colombiana de Antropología* del Icanh, tan antigua como el *Boletín* de Medellín.

La semblanza que en estas páginas queda consignada permite sacar una conclusión general —pero no por ello menos nítida— sobre las razones del éxito histórico del *Boletín de Antropología*: la revista se ha distinguido por la tendencia a la estabilidad en el desempeño de los editores. Considérese, por ejemplo, que las direcciones de Graciliano Arcila y Sofía Botero suman 30 números, esto es, dos terceras partes de lo producido. De hecho, ambos nombres dominan sendas etapas de las tres que aquí hemos reconocido para presentar la vida de la revista: el fundamental momento del nacimiento y consolidación y la fase de su formalización nacional e internacional, etapas cuya coherencia se debe a la continuidad del es-

los artículos publicados en el primer número de la revista, en 1953: “Perspectivas de la arqueología en el norte de Colombia”, de Gerardo Reichel-Dolmatoff. En el contexto de una polémica desatada en el año 2012 sobre la presunta participación del académico germano en el partido nazi, durante el Tercer Reich (Jiménez, 2012), los profesores del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia quisieron, con la reedición del escrito, tomar parte en favor de la actividad académica de uno de los pioneros de la antropología colombiana. El cuadernillo fue lanzado el 24 de abril de 2013 en la ciudad de Bogotá, durante el conversatorio de celebración de los 60 años de la *Revista Colombiana de Antropología* del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh).

píritu y estilo insuflados por sus respectivos gestores. No siempre los comités que acompañaron estas largas direcciones dejaron ver la misma estabilidad; sin embargo, el día a día en revistas como la que aquí historiamos deja claro que su dinámica depende sobre todo de la labor del editor, quien con variable éxito logra convocar el apoyo de su comité en los diversos procesos de la edición.

Se podrá objetar que, a pesar de la irregularidad y rupturas con que se ejerció la coordinación editorial entre 1977 y 1994, la revista logró en todo caso sobrevivir, y con un desmedro de su rigor científico que fue apenas marginal y transitorio. Pero entonces sería necesario, ante esa objeción, mencionar otro de los factores que han hecho posible la larga vida de la revista: la conciencia de la tradición significada en ella. Muy posiblemente, las dificultades con que se editó en aquellos años pudieron sortearse gracias a que ya apoyaban al *Boletín*, en 1977, casi un cuarto de siglo de historia y su consiguiente reconocimiento nacional. Sin duda, la misma conciencia salvó la revista en el único bache —1999-2001— vivido durante su tercera fase de existencia; entonces, Diego Herrera escribió: “persistimos en el empeño de mantener el *Boletín*” (2000: 7). Una prueba acaso incontrastable de que la historia de la revista ha generado un peso o impulso histórico que la hecho sobrevivir a muchas coyunturas es que, cuando en diversas ocasiones sus editores anunciaron reestructuraciones y modificaciones notables en su espíritu y hábitos editoriales, algo muy parecido a su perfil promedio se mantuvo vigente: la compilación sobria y versátil de artículos científicos producidos sobre todo por profesores colombianos en el ánimo de nutrir su desempeño docente, presentados con orden y limpieza editoriales suficientes, ajenos a diversas obsesiones del diseño gráfico en las artes o las ciencias.

Por supuesto, el transcurso histórico de una revista no significa solamente la valorización por vía de la emergencia de una conciencia de tradición. También, por inevitable mecánica, el avance en el tiempo implica el surgimiento de las respectivas dificultades de época, entre ellas las constantes exigencias del estándar científico. La presión ejercida en la última década para que el *Boletín de Antropología* se plegara a los estándares de Colciencias, convertida hoy en día en el apremio de que haga parte de las bases bibliográficas con medición de impacto, ponen la publicación en una lógica de permanente adaptación a políticas externas, no ajustadas necesariamente a su espíritu. Esto implica que la revista deba forzar su naturaleza de órgano de difusión de iniciativas docentes (o, en otro sentido, expresión de un modo particular de indagación y construcción local de conocimiento) para acomodarse a una lógica de —quizá— excesiva asepsia científica; o, de otra manera, conlleva que por mantenerse fiel a lo que pueda ser percibido como su “identidad”, el *Boletín* llegue a relegarse en un escenario internacional en el que se ha empeñado por descollar a lo largo de las décadas. Como siempre sucede con aquello que se acomoda en el ámbito de lo patrimonial, la tensión entre orgullo tradicional y afán de contemporaneidad significa tantas amenazas como oportunidades.

Referencias bibliográficas

- Arcila, Graciliano (1987). "Palabras de agradecimiento al homenaje del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia en sus 20 años de fundación". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 6, N.º 21, pp. 13-19.
- _____ (1994). "Respuesta al homenaje ofrecido por el Departamento de Antropología a Graciliano Arcila Vélez". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 8, N.º 24, pp. 20-24.
- Botero, Sofía (2009). "Presentación". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 23, N.º 40, pp. 9-10.
- Cardona, Mauricio (1967). "Instituto de Antropología. Informe". En: *Boletín del Instituto de Antropología*, Medellín, Vol. 3, N.º 10, pp. 189-195.
- Comité Editorial (1995). "Carta al lector". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 9, N.º 25, pp. 7-8.
- Delgado, Ramiro (1994). "Nota aclaratoria". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 8, N.º 24, p. 3.
- [Departamento de Antropología] (1986). "El Boletín de Antropología". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 6, N.º 20, pp. 7-11.
- _____ (1970). "Noticias desde Medellín". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 3, N.º 12, pp. 5-9.
- Henao, Hernán (1994). "Presentación". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 8, N.º 24, pp. 7-9.
- Herrera, Diego (2000). "Presentación". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 14, N.º 31, pp. 7-10.
- Jiménez, Camilo (2012). "El pasado nazi de Reichel-Dolmatoff". En: *Arcadia*, Bogotá, N.º 83, pp. 12-13.
- Montoya (2001). *Índice de publicaciones seriadas de la Universidad de Antioquia 1881-2000*. [documento digital]. Sistema de Bibliotecas, U de A. Medellín
- Robledo, Emilio (1953). "Para comenzar". En: *Boletín del Instituto de Antropología*, Medellín, Vol. 1, N.º 1, pp. 5-6.
- Russi, Germán (1975). "Presentación". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 4, N.º 14, pp. 7-9.